

METÁFORAS DEL TIEMPO EN LA VIDA COTIDIANA: UNA APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA*

Ramón Ramos Torre

Resumen

El artículo aborda la reconstrucción de las imágenes sociales del tiempo proporcionadas por una investigación cualitativa realizada en Madrid (España). Se analizan cuatro metáforas del tiempo social: a. el tiempo como un recurso para la acción social; b. el tiempo como un entorno externo al que ha de adaptarse la acción social; c. el tiempo como una parte del propio cuerpo o de la propia vida; d. el tiempo como un doble horizonte (pasado/futuro) para la intencionalidad de la acción social.

Palabras clave: Pluralidad del tiempo; tiempo social; metáforas sociales.

Abstract

The article deals with time social images reconstruction provided by a qualitative research made up in Madrid (Spain). Four social time metaphors are analyzed: a. time as a social action option, b. time as an external environment to which social action should be adapted; c. time as part of the body or life in itself; d. time as a double horizon (past/future) for social action purposes.

Key words: Time plurality; social time; social metaphors.

* Este trabajo ha sido realizado en el marco de la investigación internacional "Tiempo de trabajo negociado y temporalidades sociales vividas en el marco de las transformaciones en curso de la norma temporal del empleo: convergencias y conflictos" [Mº de Ciencia y Tecnología. Secretaría de Estado de Política Científica y Tecnológica. Plan Nacional de I+D+I (2000-2003) (ref.: SEC2001-1480). Mº de Educación y Ciencia. Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica. Fundación Europea de la Ciencia (ref.: SEC2002-10230-E)]. Expreso mi agradecimiento a los otros miembros de equipo español: Carlos Prieto (UCM, director), Javier Callejo (UNED), Ricardo Morón (UAM), Pablo Meseguer (UCM) y Jorge Lago(UCM); del equipo francés: Paul Bouffartigue (UAP-LEST) y Jacques Bouteiller (UAP-LEST); y del equipo belga Esteban Martínez (ULB-IT).

En los últimos 30 años, sociólogos tan relevantes y dispares como Bauman (2000), Bourdieu (1977, 1991), Castells (1997), Giddens (1984) o Luhmann (1976, 1982, 1983, 1985 y 1991) han mostrado un inusitado interés por el estudio de lo que, con pequeñas variaciones terminológicas, se suele llamar el tiempo social, es decir, el modo en que se vive, siente y concibe el tiempo en la sociedad actual. Sus puntos de vista y diagnósticos sobre la sociedad contemporánea coinciden poco o nada en lo sustancial, pero todos ellos, a pesar de sus diferencias y aunque apuesten por diagnósticos de la situación socio-histórica muy disímiles, coinciden en llamar la atención sobre el tiempo como uno de los aspectos claves del mundo social en que vivimos.

¿Por qué este inusitado interés por un tema que parece poco apto para sociólogos y ha sido históricamente patrimonio de los filósofos? Es difícil dar una buena respuesta a preguntas de este calibre, pero me atrevo a conjeturar que las coyunturas que se viven como críticas, es decir, inciertas, abiertas a la posibilidad de derivas muy disímiles, poco vertebradas, desconcertantes, invitan siempre a un reflexión en profundidad sobre los marcos cruciales de la vida socio-cultural, lo que se traduce típicamente en interrogantes sobre el sentido, que acaban desembocando en una problematización generalizada del espacio y el tiempo. Y la razón de que acaben problematizados el espacio y el tiempo es obvia: cualquier concepción compartida de la realidad o cualquier esquema que proporcione sentido y sea el cimiento sólido de un mundo socio-cultural, se construye sobre una infraestructura espacio-temporal o crono-topo (Bajtín 1989)¹ que le da sustento y hace plausible. Todo mundo social, toda cultura no es sino un conglomerado de formas de hacer y concebir la realidad que encuentran en una específica conformación del espacio y el tiempo su sólido cimiento, su base de sustentación y la razón última de su plausibilidad.

Esta propuesta general me permite conjeturar que si la sociología de los últimos 30 años se ha interesado de manera creciente por el tiempo y se ha puesto a investigar y pensar lo que normalmente es apromblemático y se da por supuesto, es porque se tiene conciencia de estar atravesando una situación crítica, un cambio social profundo,

¹ Para las distintas variantes de combinación espacio-temporales, véase Rämö (1999), que las conecta con la tradición aristotélica de estudios sobre la *praxis*.

que algunos conciben como de trascendencia civilizatoria y cultural, que hace que todo se tambalee y las cosas más obvias deban ser repensadas.² De ahí las interrogantes sobre el tiempo; de ahí la esperanza en que, si sabemos qué ha ocurrido con el tiempo social, cómo se ha transformado, tengamos una buena plataforma para describir las líneas fundamentales del mundo socio-cultural emergente; de ahí, en definitiva, el nuevo interés por el estudio del tiempo y la idea que se pone en primer plano, chocando con nuestros prejuicios y dogmatismo: esa idea que apuesta por un concepto de tiempo que, lejos de concebirlo como único, universal y absoluto, lo presenta como múltiple, eventualmente local o particular y, desde luego, dependiente del observador o del actor. El tiempo es plural y se transforma al hilo de las transformaciones socio-culturales: tal es la idea con la que trabaja la sociología actual (Adam 1990 y 1995; Valencia 2007).

En esa línea de pensamiento se sitúan las propuestas que presento. No me adentraré en la exposición, análisis y eventual crítica de las distintas propuestas sociológicas o aparecidas al hilo de los actuales debates culturales sobre el modo en que el tiempo o los tiempos se conforman en la actualidad. Lejos de una intervención de resumen y crítica de la literatura sobre el tema, quiero presentar aquí los frutos de una investigación en la que he venido trabajando en estos últimos años y que permite dar una cierta idea de cómo viven los actores sus relaciones con el tiempo, cómo lo conciben, qué hacen con él, cómo se sitúa en sus propias vidas, con qué lo identifican, cómo lo expresan en palabras.

Antes de dar cuenta de alguno de los resultados obtenidos, quiero proporcionar información sobre las características de la investigación en cuestión. Es obvio que, como cualquier otro objeto de estudio, también el tiempo se puede investigar de múltiples maneras. Ninguna lo agota; cada una nos proporciona una cierta información que ha de ser tomada en lo que es: un cierto recorte, un punto de vista que no puede agotar el objeto. Pues bien, el estudio del tiempo social se suele acometer desde dos perspectivas dominantes. Una es la que lo aborda desde un punto de vista cuantitativo, atendiendo al modo en que se emplea o usa en el sistema de actividades sociales. Lo que se estudia es el modo en que los actores invierten su tiempo,

² Sobre las transformaciones de las ideas del espacio y el tiempo al hilo de las transformaciones socio-históricas de principios del siglo XX, véase el trabajo ya clásico de Stephen Kern (1983).

empleándolo en hacer esto o aquello. Es una perspectiva que proporciona mucha información y que, con independencia de sus obvias limitaciones, se ha trabajado mucho y bien desde los ya lejanos tiempos de la investigación clásica de Szalai y colaboradores (1972). Sabemos mucho sobre lo que hace la gente, en qué invierte su tiempo, cuánto dedica a trabajar, cuánto a las tareas domésticas, el ocio, etc.; y esto que sabemos resulta decisivo, por ejemplo, para estudiar la situación de los jóvenes o de las mujeres, tal como, por ceñirnos a España, han puesto de relieve múltiples estudios.³

La otra perspectiva recurrente es aquella que atiende sobre todo a las grandes transformaciones sociales y sus expresiones culturales más vistosas para intentar fijar, al hilo de sus características diferenciales, en qué se ha convertido el tiempo social. En este caso, como muestran, por ejemplo, las conocidas investigaciones de Manuel Castells (1997), se toma en consideración los cambios tecnológicos y sociales que van de la mano del surgimiento de la red mundial de la sociedad de la información y se concluye diagnosticando los cambios que tales transformaciones han supuesto en la estructura espacio-temporal. Son, pues, los cambios macro-sociales los que se leen para fijar los cambios ocurridos en el tiempo. Se trata de una perspectiva ciertamente fructífera que constituye el punto de partida de la mayoría de las sociologías actuales. Exponentes suyos son los trabajos de Luhmann (1976, 1982 y 1983), al hilo de su análisis del proceso de evolución social del que surgen las sociedades modernas, o los de Bauman (2000), de la mano de su hipótesis sobre la sociedad líquida, o del ya citado Castells (1997) y sus propuestas sobre el surgimiento de la era de la información en el marco de la sociedad-red (Hassan y Purser 2007). Las transformaciones del tiempo son aquí expresión reveladora de las más hondas transformaciones sociales.

La perspectiva por la que aquí apuesto difiere de estos dos enfoques dominantes. Frente al primero, opto por una aproximación cualitativa, que atiende a los aspectos sustantivos del tiempo más que a sus duraciones y cronometrías; frente al segundo, apuesto por una aproximación micro-social. En efecto, lo que me propongo estudiar son las formas de concebir el tiempo, no las formas de

³ Frecuentes y sustanciosos han sido en nuestro país los estudios sobre las relaciones de género y uso del tiempo. Véanse, entre otros, los estudios de Alvaro Page (1996), Carrasco y otros (2003), Durán (1988 y 2007), Izquierdo (1988) y Ramos (1990 y 2006).

usarlo; por otro lado, me interesa lo que los actores dicen, sus manifestaciones verbales, el lenguaje que ellos usan; en definitiva, lo que me interesa es lo que en otro trabajo (Ramos 2005) he denominado los discursos sociales del tiempo.

En concreto, mi punto de partida y fuente de información es un conjunto de grupos de discusión realizados entre 2002 y 2005 alrededor de la problemática general de la conformación actual del tiempo de trabajo y su eventual conciliación con otros tiempos sociales.⁴ En el material riquísimo que proporcionan las intervenciones en esos grupos, atiendo a lo que los actores dicen o dan por supuesto sobre el tiempo al hilo de sus discusiones sobre los distintos aspectos de su vida cotidiana y del mundo social que les ha tocado vivir. Pretendo, pues, fijarme en, y retratar, sus maneras de concebir el tiempo, sus verbalizaciones, suponiendo que, como seres instalados en un mundo intensamente temporalizado, sus formas de hablar de él arrastran, de forma explícita en algunos casos y en otros de forma implícita, concepciones propias sobre el tiempo que tienen, para el analista, un interés por lo menos tan alto como las concepciones más alambicadas, a veces más secamente conceptuales y otras más hermoseadas con base en palabras e imágenes, de los intelectuales dedicados al tema. El tiempo social es un patrimonio lingüístico de todos y por lo tanto, a la hora de decir en qué consiste, hemos de considerar tanto lo que dice Agamenón como lo que dice su porquero: la verdad sobre el tiempo la tienen ambos; es más, la comparten, constituye un patrimonio común. En realidad, todos sabemos en términos prácticos qué es el tiempo y proyectamos nuestro saber en el lenguaje que utilizamos. El problema del tiempo está ligado a las cosas más humildes: ¿cuándo empieza mi jornada de trabajo? ¿qué recuerdos guardo de la infancia? ¿Suscribiré un crédito que me hipoteca los próximos años? ¿Tendré tiempo para poner en orden la casa después de trabajar? ¿llegaré a tiempo a recoger a los hijos? ¿podré irme de vacaciones en verano? etcétera, etcétera. La lista podría ser infinita. Lo relevante de ella es que enuncia las distintas caras en las que se

⁴ En la investigación titulada: *Tiempo de trabajo negociado y temporalidades sociales vividas en el marco de las transformaciones en curso de la norma temporal del empleo: convergencias y conflictos*, se realizaron 14 Grupos de Discusión. Para una información sobre las características de los grupos véase Ramos (2007a). Sobre la técnica de investigación los grupos de discusión y las características diferenciales de la evidencia que produce, véase Callejo (2001).

nos presenta una realidad temporalizada para la que disponemos de un saber hacer y decir que pone en acto nuestra competencia temporal.

A la hora de atender a lo que esos actores dicen, se ganaría mucho, si en vez de intentar retratar los conceptos abstractos y descarnados de tiempo que supuestamente utilizan (el tiempo aristotélico, el tiempo newtoniano, el tiempo agustiniano, el tiempo relativista, el tiempo desmenuzado del universo cuántico o, por acabar con esta retahíla de tiempos intelectualizados, el tiempo de la conciencia tal como lo dice la fenomenología), se dejaran de lado tales abstracciones y se centrara de preferencia en las imágenes que utilizan o, más específicamente, en las metáforas del tiempo que puntúan y llenan de color y vida su lenguaje. Este es mi centro de atención: las metáforas del tiempo tal como aparecen en el lenguaje cotidiano por medio del cual los actores legos asignan sentido o sinsentido a su mundo del día a día. Esas metáforas familiarizan el tiempo, lo hacen asible, lo convierten en algo a lo que podemos referirnos, algo con lo que y sobre lo que podemos actuar. Más adelante propondré centrar la atención en cuatro de ellas: las cuatro que tienen mayor presencia tanto en lo que se dice como a la hora de orientar lo que se hace; no son las únicas posibles, pero sí las más recurrentes y decisivas.

Que el tiempo se diga en metáforas, es decir, no tanto en lo que supuestamente es en sí y por sí mismo, sino en lo que se parece o asemeja a algo que nos resulta obvio y familiar, no debería sorprendernos. Ocurre con todos aquellos objetos dotados de la suficiente complejidad e instalados en los pliegues más dispares de la experiencia que se resisten a ser expresados en un lenguaje lógico-conceptual y sólo se abren a su apropiación metafórica. Estamos ante un caso de lo que un filósofo, Blumenberg (2003), ha llamado las metáforas absolutas: campos de la experiencia del mundo que se resisten a ser traducidos al lenguaje lógico-conceptual y sólo se pueden expresar en imágenes que cumplen dos funciones fundamentales: cognitivamente, nos proporcionan una idea de conjunto o totalidad; pragmáticamente, nos permiten orientarnos en el mundo, definiendo actitudes y expectativas. El tiempo es un campo privilegiado para esas metáforas absolutas.⁵

⁵ Sobre Blumenberg y las metáforas absolutas, véase Pérez de Tudela (2003) y Wetz (1996). En Blumenberg (1996) hay también una buena aproximación al problema del tiempo.

Una propuesta así encuentra su corroboración al analizar el lenguaje cotidiano.⁶ Los discursos que se entrelazan en los grupos de discusión son, en este sentido, especialmente expresivos. En ellos las metáforas del tiempo aparecen, en algunos casos, de forma explícita, mostrándose como tales, luciendo las imágenes que las conforman. Otras veces, la metáfora no se presenta de forma inmediatamente visible, sino que permanece implícita, es decir, como el fundamento de sentido que hace posible decir esto y aquello sobre el tiempo o sobre la experiencia temporal. En ambos casos, estamos ante las metáforas absolutas del tiempo.

Dejo aquí estas precisiones para centrarme en cuatro de las metáforas temporales instaladas en el lenguaje cotidiano: la primera hace del tiempo un *recurso* del que nos servimos para actuar; la segunda lo presenta como un *entorno externo* en el que se desarrolla la acción; la tercera lo hace concebible como cuerpo o algo *incorporado* a nuestro ser más íntimo y propio; la cuarta y última lo muestra como un *horizonte* desde el que es dado asignar sentido a la acción y al mundo de la experiencia.⁷ Son las metáforas fundamentales y a ellas ceñiré mi atención.

La primera metáfora del tiempo ha sido con frecuencia presentada como especialmente expresiva de la modernidad.⁸ Lo presenta como un *recurso de la acción*. Como todo recurso, el tiempo se concibe y trata como si fuera un bien, al lado de otros bienes más o menos valiosos. También, como cualquier otro recurso que esté a la mano, es algo susceptible de apropiación, de forma que los actores pueden o no tenerlo y, en el caso de que lo tengan, poseerlo en cantidades variables. Por otro lado, como recurso o bien que se puede tener, el tiempo es algo de lo que se puede hacer uso o disponer con mayor,

⁶ Sobre el tema general de las metáforas de la vida cotidiana, véase el estudio ya clásico de Lakoff y Johnson (1995), que hacen una aproximación parcial al tema que aquí interesa.

⁷ Para una exploración más explícita y sistemática de las cuatro metáforas que se analizan a continuación, véase Ramos (2007a y 2007c), donde se encuentran transcripciones literales de las intervenciones que tuvieron lugar en los grupos de discusión en las que fundamento las interpretaciones que presento a continuación.

⁸ Sobre la historia de la idea del tiempo como un recurso libremente disponible del que se podía obtener beneficio según se usara y las sutilísimas disputas teológicas que eso supuso en la Europa bajo-medieval, véase el estudio clásico de Le Goff (1983). La metáfora del tiempo como recurso-dinero ha sido estudiada con especial cuidado por Adam (1999).

menor o nula libertad. En estos precisos sentidos, es un recurso necesario para actuar: si falta, la acción se hace imposible. Tiene, pues, que estar ahí, a la mano o, como se dice en el lenguaje cotidiano, tiene que “haberlo”: si no hay tiempo no es posible la acción; pero, además, habiéndolo, tiene que poderse disponer de él; y teniéndolo a la propia disposición, es, por último, necesario que se haga uso de él y se emplee o consuma en hacer algo concreto: esto o lo otro. Todo esto supone que el tiempo sea un recurso: un bien que no siempre está disponible, que se tiene o no y que, cuando se tiene, se puede usar en algo que lo consume.

El tiempo como recurso se concibe, a la vez, como bien universal y tendencialmente escaso. Lo primero es obvio: todos los actores disponen de tiempo y es esto lo que constituye la condición de su capacidad de acción. Sin tiempo no es posible la acción. Pero ese tiempo-bien universal no es un bien inagotable; es más, puede convertirse en un bien escaso. No se trata de una característica universal, sino de algo que depende de los cambiantes compromisos de la acción. Desde el punto de vista de la mujer trabajadora, que además es ama de casa y madre de familia, el tiempo es un recurso escaso y estructuralmente comprometido, que es devorado por sus compromisos de acción, mientras que, desde el punto de vista del jubilado y, más aún, desde el del parado de larga duración, es un bien que sobra y agobia por su injustificable abundancia: una fuente de desasosiego moral cuando todo apunta a que uno está abocado a permanecer en casa cuando los demás miembros de la familia salen al trabajo.

La abundancia/escasez del tiempo ha de ser, pues, analizada a la luz de los compromisos de acción de los actores sociales. Esos compromisos son de muchos tipos, no sólo económicos. Esto hace que el recurso-tiempo no sea tenido tan sólo como un bien de significación económica, que haya que invertir según principios de utilidad, eficacia o eficiencia. Su sustancia –por utilizar esta expresión– puede ser totalmente extraña a la lógica económica. Y así en las verbalizaciones de los actores se encuentran expresiones que, lejos de mercantilizarlo, lo moralizan o lo politizan. La moralización del tiempo significa que el recurso y su disposición son calibrados según criterios referidos al deber y el bien. En este caso, darle un concreto empleo al tiempo resulta de los propios ideales y obligaciones morales, siendo el mismo tiempo un bien moral con el que uno paga sus compromisos con los demás. Su politización supone, por su parte, que la utilización del recurso es calibrada en función de cómo asegura, amplía, limita o niega la

capacidad de acción o empoderamiento del actor. En este caso, la utilización del recurso sigue la lógica de la preservación o aumento de la propia autonomía, pues el tiempo es concebido como la fuente y expresión de la propia libertad de acción como sujeto.

Un recurso de estas características (que es, por lo tanto, económico, moral o político, según la situación que se enfrente) puede ser usado en contextos de acción muy distintos. Los verbos que se utilizan son muy expresivos del variado universo social en el que el tiempo se concibe como un recurso. Y así, nuestro lenguaje dice que el tiempo se invierte, se administra, se emplea, se gasta, se presta, se adeuda. Pero no se limita a esto. En el lenguaje cotidiano, tan relevantes como esos verbos, que denotan a un actor que administra e invierte sus recursos temporales, son otros en los que se definen otras maneras de hacer y ser. En efecto, el tiempo es también un recurso que se dona sin que suponga utilidad o intercambio alguno. Expresiones de este tipo son recurrentes, por ejemplo, al dar cuenta del tiempo dedicado al cuidado de la prole o de los mayores. Y la razón de la donación no transparenta criterios de utilidad o estrategias racionalizantes: el tiempo se dona porque así se debe hacer o en razón de impulsos emocionales que están abiertos a la demanda del otro. Y lo que se dona es un bien de mucho valor que, en algunas verbalizaciones muy expresivas, se llega a denominar tiempo “de calidad” o “tiempo de madre”.

Pero no sólo se dona a quien está desvalido y lo necesita; es también un recurso que se gasta con los otros, perdiéndolo o gozándolo con ellos, dedicándolo a la pura relación con los amigos por el gusto que proporciona la interacción misma o ese mutuo disponer del tiempo del otro. Además, el tiempo es también susceptible de ser apropiado para emplearlo en uno mismo: ya sea para cuidar de sí, ya para constituir espacios de sosiego, ya para el ocio, ya para verlo pasar sin aparente provecho, perdiéndolo.

Muchas son, pues, las modalidades en las que se concibe y vive la experiencia de un tiempo que es recurso indispensable para la acción. En cualquiera de estas modalidades las relaciones entre el actor y el tiempo tienen características particulares, pues el actor que lo utiliza aparece siempre como un agente con capacidad de disposición. Sea esto o no una idealización de las situaciones reales de vida, en cualquier caso lo que parece destacable es la idea de que un tiempo que, por decirlo así, ha sido convertido en cosa, es tenido como un algo de lo que el actor dispone y del que, de alguna manera, se ha de responsabilizar.

Muy distinta es la forma de experimentar el tiempo en la segunda

metáfora fundamental. Según lo presenta, el tiempo no es concebible como un recurso de la acción, sino como un *entorno en y con el que el actor se encuentra*.⁹ Si en el caso del tiempo-recurso el actor hace uso de su tiempo y es reconocido como un agente, en éste, en el del tiempo-entorno, el actor se encuentra con un tiempo que está ya predecido o conformado y al que sólo le cabe adecuarse, amoldarse, adaptarse. Ya no es un agente del tiempo, sino un paciente de sus determinaciones que, dictadas con independencia de él y a modo de entorno estructurado de su acción, se imponen sobre sus deseos y limitan sus posibilidades de acción. En el marco de esta metáfora, el tiempo no es, pues, algo que se tenga, sino algo en lo que se está; una especie de molde, casillero, entorno o criba en el que la acción ha de encajar.

Este entorno externo se presenta en distintas versiones que se individualizan en el seno de un conjunto de polaridades en las que se enfrenta lo estático y lo dinámico, lo repetitivo y lo explosivo, lo ordenado y lo caótico.

La primera de esas polarizaciones lo presenta, por un lado, como un entorno estable en el que, como si fuera una cuadrícula o un casillero, se pueden insertar los cursos de acción y los acontecimientos. Los horarios, los calendarios tienen este formato y son vividos de esta manera por los actores. Éstos se sienten situados en ellos, como si al actuar pasaran o se deslizaran por un tiempo que permanece estable. El caso inverso es aquel en el que tiempo-entorno se concibe como algo dinámico, que se mueve, que se desliza por sí mismo. En este caso no es la acción la que se desliza o pasa en el tiempo, sino que es justamente el tiempo el que pasa, y lo hace con independencia de los deseos y necesidades de los actores, como una fuerza que se despliega por sí misma y todo lo arrastra.

Próxima a esta contraposición hay otra de enorme relevancia en la experiencia social del tiempo y que también se genera en el marco de la metáfora del tiempo-entorno. Lo que aquí se contrapone es, por un lado, lo que se repite y, por el otro, lo que emerge como novedad. En unos casos, la experiencia del tiempo se presente como

⁹ Ramos (2005) había denominado al tiempo-entorno, tiempo-escenario, utilizando, eso sí, un conjunto de evidencias e interpretaciones coincidentes. Si opto por la nueva denominación es porque me parece más abarcante la imagen de un entorno que la de un escenario; dicho de otra manera, un escenario es un caso de entorno.

el tedioso repetirse de lo mismo, conformando las rutinas que, día tras días y cubriendo todas las situaciones de acción, se van sucediendo de forma cansina, generando expectativas en las que todos pueden confiar. Nunca pasa nada, es decir, siempre pasa lo mismo y las horas y los días se suceden confiables y repetitivos. Es obvio que sin un tiempo que se desplegara de esta manera no existiría mundo social de vida confiable, pero también es cierto que no todo el despliegue del tiempo se puede reconducir a este modelo. En efecto, en sus intervenciones, los actores dan cuenta también de la emergencia del acontecimiento imprevisto, explosivo, que rompe su mundo de expectativas y que forma también parte de la experiencia temporal. El tiempo es también esto: novedad, remodelación, catástrofe, sorpresa, oportunidad; algo que irrumpe en el propio entorno de acción, que no es achacable a uno mismo, que no ha sido producto de las propias decisiones, pero que, una vez ocurrido, remodela tajantemente la vida. Entre la repetición confiable y la explosión innovadora: así se despliega el tiempo como un entorno en el que la acción se inserta o por el que resulta arrastrada.

Hay una tercera contraposición que especifica aspectos contradictorios, implícitos en las dos anteriores, en la que el tiempo se presenta como un entorno inquieto que oscila entre el orden y el caos. Es más, en las reflexiones contemporáneas y, más específicamente, en las intervenciones en los grupos de discusión, lo que aparece una y otra vez es el temor de que el tiempo, el viejo padre *Kronos*, se haya ido desvaneciendo, descomponiendo, convirtiéndose en una fuente de desorganización, en una fuerza entrópica, primera responsable del caos que domina el universo social contemporáneo.

Es verdad que las quejas contra el tiempo son viejas como el mundo de los humanos: en todas las culturas los hombres se han quejado de la acción de ese devorador que arrasa la vida, marchita la juventud y destruye todo lo que los hombres crean y quieren que dure. Las cosas parecen haber cambiado poco, pues quejas de este tipo son constantes actualmente, en el mundo en que vivimos. Es más, parece como si la crítica de la realidad contemporánea se tradujera típicamente en crítica del tiempo. Una crítica que desvela el caos de fondo que comporta y muestra a los actores sociales como sus víctimas: víctimas de la prisa, de la lógica de la urgencia, de los laberintos temporales en los que se queda atrapado, de la desincronización de los horarios, de la incompatibilidad temporal de los distintos papeles sociales, de la aceleración no asimilable

del cambio social. Así se conforma el discurso de la queja emergente en el universo social contemporáneo que dice que el tiempo en el que nos situamos, ese tiempo que define nuestra vida y nos permite o impide hacer, se ha desbocado y ha dejado de ser confiable.

Hasta aquí esta segunda metáfora del tiempo. Pasemos ahora a la tercera antes anunciada. La denominaré la metáfora del *tiempo encarnado o incorporado*.¹⁰ La expresión es justa: lo propio de este caso es que el tiempo se hace carne o cuerpo propio, se entraña, se hace uno con uno, se convierte en el propio espinazo. Ciertamente, esta metáfora no es tan recurrente como las dos anteriores, ni genera tantas variantes. Pero aunque sea algo menos frecuente, no deja de ser igual de estratégica a la hora de mentar la experiencia temporal del mundo. Para hacerla más palpable tomaré en consideración tres casos en los que se muestra nítidamente.

Un primer ejemplo me lo proporciona el mundo temporal de los jóvenes. Cuando éstos argumentan su identidad diferencial, diciendo lo que son y en qué se distinguen de los demás, recurren típicamente a las diferencias que surgen de su propio tiempo, identificando tiempo y edad. Desde su punto de vista, el tiempo se despliega como una sucesión de edades que marcan posibilidades de acción a los sujetos que las encarnan. Cada edad tiene su afán, su mundo de experiencia, sus cometidos. De manera concreta: cada edad define las oportunidades que hay que explotar, porque éstas desaparecen tras el desvanecimiento de cada mundo etario. La lógica de este discurso es la de un tiempo que se hace carne en uno mismo y define lo que los griegos llamaban *kairos*, es decir, la ocasión que sólo se abre entonces, en una coyuntura precisa y precaria, y que, justo entonces, sin quedar a la espera y actuando con decisión, ha de ser aprovechada.

No muy distintas son las imágenes del tiempo que informan las auto-interpretaciones de otros dos grupos sociales tan distintos entre sí como las mujeres trabajadoras en edad de reproducción o los parados de edad madura. También unas y otros dan cuenta de su identidad y de sus posibilidades de acción en términos de esa metáfora del tiempo incorporado. No es que tengan tiempo o que el tiempo los condicione desde fuera, sino que se saben y sienten

¹⁰ En sentido estricto (véase Ramos 2007a), estamos más bien ante una *sinécdoque* (la parte-cuerpo representa al todo-tiempo). Con todo, como hace el mismo Blumenberg en su tropología, utilizo en este caso la expresión metáfora en sentido amplio para significar cualquier tropo del lenguaje.

tiempo ellos mismos. Las mujeres porque son conscientes de que han de tomar ya, sin dilaciones, decisiones sobre su eventual maternidad porque el tiempo se les echa encima, se les acaba, o como dicen, la edad se les está pasando. Los parados de edad madura porque también saben que quedar en paro cuando se tiene más de 40 años es, como dice expresivamente uno de ellos, peor que tener SIDA, es decir, es como ser víctima de una enfermedad grave e irreversible contra la que es muy difícil luchar y casi imposible vencer. En un caso y en el otro, el tiempo forma parte de uno mismo, es algo que es uno mismo. Y es ese tiempo el que define lo que se puede y no se puede hacer, las oportunidades que se brindan en ciertas coyunturas y se cierra en otras, las irreversibilidades que puntúan la experiencia social y generan categorías de sujetos.

En cualquier caso, ya sea para los jóvenes que creen vivir y quieren disfrutar lo mejor de la vida, ya sea para las mujeres que se sienten abocadas a tomar una decisión que saben que no pueden diferir, ya sea para los parados que se sienten condenados de forma irreversible a desaparecer del mundo del trabajo, para todos ellos el tiempo ya no es un recurso que está ahí fuera y del que uno puede usar para hacer esto o lo otro; tampoco es un dato del entorno externo de la acción al que uno ha de adaptarse; es, por el contrario, algo encarnado en uno mismo, una parte del propio cuerpo, la determinación más propia de sí mismo; y ese tiempo abre y cierra puertas, fija la ocasión que pasa y nunca ha de volver, modela el destino de un ser, el ser humano, que, en realidad, no es sino tiempo: un sucederse de etapas o edades que se sitúan entre el principio y el final biológicos.

Hasta aquí la tercera metáfora del tiempo: la que propone la imagen de un tiempo encarnado o incorporado. En la cuarta y última, el tiempo aparece verbalizado explícita o implícitamente como un *horizonte de (sin) sentido*. Antes de entrar en la especificación de lo que esto comporta, quisiera destacar las diferencias que esta imagen introduce en relación con las otras tres analizadas hasta ahora. En efecto, tanto si se concibe como un recurso o como un entorno de la acción o como algo incorporado a uno mismo, en todos estos casos el tiempo se presenta como algo relacionado con la acción: en el primero, como un recurso que el actor utiliza para actuar; en el segundo, como un entorno al que el actor se adapta al hacer esto o aquello; en el tercero, como una determinación propia que abre o cierra oportunidades u ocasiones para actuar. Pues bien, en el caso que ahora nos ocupa, el tiempo ya no se proyecta inmediatamente sobre la acción, sino fundamentalmente sobre el sentido; no sobre lo que

hago en el mundo, sino sobre lo que el mundo significa para mí.

La idea de horizonte tiene la máxima plausibilidad en el orden del espacio, pero también es utilizable, con las modificaciones o especificaciones pertinentes, en el campo del tiempo. En términos espaciales, un horizonte delimita el campo de lo observable: todo lo que se sitúa más allá de él, puede o no existir, pero es inobservable e inmediatamente indeterminable. Por otro lado, ese horizonte espacial depende del punto en el que sitúa el observador, pudiéndose delimitar tantos horizontes como puntos distintos de observación en el espacio. El horizonte depende, pues, de la ubicación del observador.

Ocurre con el tiempo algo parecido. También un horizonte temporal delimita el campo de lo observable, convirtiéndose todo lo que lo desborda en algo inobservable e indeterminado. Y también, por otro lado, el horizonte temporal depende de la ubicación temporal del observador, habiendo tantos horizontes posibles como ubicaciones temporales diferenciadas. Hasta aquí la semántica del horizonte es semejante para el espacio y el tiempo. Pero aquí también acaban las semejanzas. Dos rasgos distinguen a los horizontes temporales de los espaciales. El primero es que en un horizonte temporal se observan, no ya objetos o cosas, sino acontecimientos. En razón de esto podemos decir que un horizonte temporal delimita el universo de acontecimientos susceptible de ser tomado en consideración por un actor. Por otro lado, a diferencia del horizonte espacial, el temporal discrimina dos campos de acontecimientos con un estatuto muy diferenciado: por un lado, se encuentran los acontecimientos ya ocurridos, que se retienen en la memoria y se hacen objeto de recuerdo; por el otro, se sitúan los acontecimientos que todavía no han sido y que, sin embargo, se esperan con confianza o con temor, y que en cuanto que esperados son tomados en consideración. El horizonte temporal es, pues, doble: consta de lo que se recuerda del pasado y de lo que se espera del futuro. Centrado en la observación de su horizonte temporal, el actor vive y se sitúa en un universo bifronte de acontecimientos ocurridos y por ocurrir: los que configuran su pasado significativo (lo fáctico e irremediable) y los que configuran su futuro (los posibles y factibles).

Los actores sociales observan de esta manera su experiencia temporal. Y es en el marco de ese horizonte de acontecimientos que se despliega en el tiempo donde se construyen los esquemas de sentido o sinsentido que se proyectan sobre el mundo. El sentido o sinsentido que se le otorga resulta del modo en que se hilvanen

los acontecimientos que, viniendo del pasado y almacenados en la memoria, desembocan en el presente de la acción y se proyectan sobre los futuros posibles.

Es evidente que a la hora de definir los horizontes temporales de la acción, todo depende de la ubicación desde la que se observa, es decir, del presente de la acción. Se puede decir, siguiendo esta hipótesis, que según sea configurado el presente, así serán configuradas las dos caras (pasado y futuro) del horizonte temporal. Pondré algunos ejemplos para hacer más inteligible esta propuesta general.

No es aventurado decir que el presente es concebido socialmente de muchas maneras. Centraré mi atención en tres usuales.¹¹ La primera lo concibe como un límite o punto de transición, carente de duración, por el que se transita desde el pasado hacia el futuro (o viceversa, en otras versiones). Lo importante de esta imagen es la idea transicional del presente: el presente no dura, el presente pasa, el presente es puro transitar. Otra manera alternativa, también muy extendida, y que se hace especialmente plausible para dar cuenta de algunas experiencias sociales de vida, lo concibe más bien como un límite o barrera con el que se topa un mundo que lo ha precedido y en que éste se acaba definitivamente. Es la concepción del presente como un presente terminal: el presente aparece en este caso como el límite en el que algo desemboca y se acaba, como si fuera un paciente terminal que ha alcanzado su punto final y cierra su larga historia. Una tercera manera de concebirlo, por último, que es de gran relevancia en el interior de algunas culturas juveniles, lo presenta como si fuera un espacio delimitado que se encierra o contiene a sí mismo, y en el que nada entra y desde el que nada sale. Es también un territorio terminal pero, a diferencia del anterior, desgajado de cualquier experiencia que no sea él mismo.

En el marco de esas tres configuraciones diferenciadas del presente emergen distintos horizontes temporales. El presente transicional va típicamente de la mano de un horizonte temporal en cuyo marco el futuro se alarga y hace tan relevante que se convierte en principio de justificación de todo obrar. En un mundo temporal de este tipo, la realidad queda futurizada: lo relevante no es tanto lo que ocurre ahora (pues es un puro transitar sin permanencia), sino lo que va a ocurrir, mañana o pasado mañana, en alguno de los

¹¹ Para una especificación más cumplida de estas y otras variantes del presente, véase Ramos (2007b).

momentos del futuro en el que se sitúan las metas y recompensas que justifican la acción.¹² El sentido de la acción y del mundo se construye en el marco de este horizonte de acontecimientos que hacen que el presente se proyecte en, y justifique por, el futuro.

Distinto es el caso del presente terminal en el que parece que todo desemboca para acabar en él. En sus marcos de experiencia se configura un horizonte temporal distinto: el futuro aparece como algo incierto y temible; algo más a evitar que a actuar en pos de él; lo que, por el contrario, se alarga y se adensa es el horizonte de pasado que se convierte en objeto continuo de narraciones que fijan cómo era el mundo de sentido en el que se vivía en otro tiempo, cómo entonces la realidad tenía asideros y cómo todo aquello, bello y bueno, o por lo menos aceptable, está ahora y en el futuro abocado a la desaparición. Los hablantes que se instalan en un presente terminal de estas características necesitan contar historias, rememorar lo pasado, porque por medio de las historias que se cuentan sobre lo que entonces existía se enjuicia el presente de decadencia en que están instalados y se conjura un futuro que amenaza con su destrucción.¹³

Quedan, por último, los que viven el presente como si estuviera encerrado en un territorio auto-suficiente que no viene de ninguna parte ni parece dirigirse a nada. En este marco de experiencia, el horizonte se achica y comprime, hasta amenazar el puro colapso sobre sí mismo. Lo que se espera no es significativo: no anuncia nada que puede informar la acción en la actualidad. Acabará ocurriendo, pero con independencia de lo que se haga, por lo que no merece la pena que uno se ocupe en ello. Por otro lado, el pasado no es significativo ni ejemplar. Tampoco merece la pena entretenerse en narrarlo, pues no proporciona una plataforma significativa de comprensión del presente. ¿Qué hacer entonces? Quedar encerrado en la experiencia del presente, achicar el horizonte temporal y dejar que las cosas se desarrollen por sí mismas, sin esperar o temer nada.

Los casos considerados ilustran lo que proponía en términos muy

¹² Sobre la futurización de la realidad y su relevancia en la experiencia moderna del tiempo, el estudio de referencia obligada es el ya clásico de Luhmann (1976).

¹³ Algunos de los casos estudiados por Sennet (2000) son plenamente representativos de esta vivencia de un presente terminal en la que se vive bajo la sensación de la propia obsolescencia, del desplazamiento en un mundo que ha prescindido de uno y se dirige en un sentido contrario a todo lo que uno es y ha ido aprendiendo a lo largo de la vida.

generales, a saber, que el tiempo se concibe también como un horizonte en el que se entreteje el sentido y que, a la hora de especificarlo, lo relevante es el punto temporal desde el que ese horizonte se observa, es decir, el presente de la acción. Como ese presente se puede conformar de muchas maneras, también múltiples son las configuraciones del horizonte temporal.

Hecho ya el recorrido por las cuatro metáforas del tiempo cabe concluir que, tal como se adelantaba, por medio de ellas los hablantes hacen el tiempo asible, decible y comunicable de formas variadas. Puede ser un horizonte en el que se explora el sentido, pero también un recurso de la acción, o un entorno con el que se topan los actores, o una determinación de uno mismo, del propio cuerpo, que abre y cierra ocasiones para la decisión y la acción. Los discursos sociales sobre el tiempo descubren su complejidad constitutiva.

Y es ahora cuando se puede retomar lo que al principio se conjeturaba. Ciertamente vivimos en un mundo cuyo entramado temporal parece estar en crisis, por lo que no nos queda más remedio que explorarlo e intentar su diagnóstico. Pero ese diagnóstico sólo se podrá alcanzar si tomamos en consideración nuestras maneras de vivir y traducir en imágenes y palabras la experiencia temporal, es decir, sólo si nos ponemos a explorar las metáforas del tiempo. Una vez fijadas las fundamentales, habría que ir explorando sus variantes, sus combinaciones, y, en el seno de una sociología del tiempo que fuera también una sociología de la vida cotidiana, habría que ir fijando cuáles son las bases e impactos sociales de cada una de ellas. Aquí se ha hecho una primera aproximación, pero lo fundamental queda por hacer. El tema es lo suficientemente atractivo como para confiar que en el futuro se vayan sumando pasos en esa dirección.

Bibliografía

- Adam, B., *Time and Social Theor*, Polity Press, Cambridge, 1990.
- , *Timewatch, The Social Analysis of Time*, Polity Press, Cambridge, 1995.
- , "Cuando el tiempo es dinero. Racionalidades de tiempo conflictivas y desafíos a la teoría y práctica del trabajo" *Sociología del Trabajo*, 1999, pp. 5-39.
- Alvaro Page, M., *Los usos del tiempo como indicadores de la discriminación entre géneros*, Instituto de la Mujer, Madrid, 1996.

- Bajtín, M., *Teoría y estética de la novela*, Taurus, Madrid, 1989.
- Bauman, Zygmunt, *Liquid Modernity*, Polity Press, Cambridge, 2000.
- Blumenberg, H., *Tempo della vita e tempo del mondo*, Il Mulino, Bologna, 1996.
- , *Paradigmas para una metaforología*, Trotta, Madrid, 2003.
- Bourdieu, Pierre, *Algérie 60: structures économiques et structures temporelles*, Ed. de Minuit, Paris, 1977.
- , *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991.
- Callejo, Javier, *El grupo de discusión: introducción a una práctica de investigación*, Ariel, Barcelona, 2001.
- Carrasco, C. y otros, *Tiempos, trabajos y flexibilidades: una cuestión de género*, Instituto de la Mujer, Madrid, 2003.
- Castells, M., *La era de la información*, vol 1, *La sociedad red*, Alianza, Madrid, 1997.
- Durán, M.A., *De puertas adentro*, Instituto de la Mujer, Madrid, 1988.
- , *El valor del tiempo. ¿Cuántas horas te faltan al día?*, Editorial Espasa, Madrid, 2007.
- Giddens, A., *The Constitution of Society*, Polity Press, Cambridge, 1984.
- Hassan, R. y R. E. Purser (eds.), *Time and temporality in the network society*, Stanford University Press, Stanford (CAL).
- Izquierdo, J., *La desigualdad de las mujeres en el uso del tiempo*, Instituto de la Mujer, Madrid, 1988.
- Kern, S., *The Culture of Time and Space, 1880-1918*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1983.
- Lakoff, G. y M. Johnson, *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1995.
- Le Goff, J., *Tiempo, trabajo y cultura en el occidente medieval*, Taurus, Madrid, 1993.
- Luhmann, N. "The Future Cannot Begin: Temporal Structures in Modern Society", *Social Research* 43: 130-152. Trad. en R. Ramos (comp.), *Tiempo y sociedad*, CIS, 1992: 161-182, Madrid, 1976.
- , "World-time and system history" en N. Luhmann, *The Differentiation of Society*. Columbia Un. Press, New York, 1982, pp. 289-323.
- , "Temporalizzazione della complessità: la semantica dei concetti temporali dell'epoca moderna" en N. Luhmann, *Strutture della società e semantica*, Laterza, Bari, 1983, pp. 233-298.
- , "Il tempo scarso e il carattere vincolante della scadenza" en S. Tabboni (ed.), *Tempo e società*, Franco Angeli, Milano, 1985, pp.119-137.

—, *Sistemas sociales*, Universidad Iberoamericana-Alianza Editorial, México, 1991.

Pérez de Tudela, J., “Estudio introductorio” en H. Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología*, Trotta, Madrid, 2003, pp. 9-36.

Rämö, H. “An aristotelian human time-space manifold: from chronochora to kairotopos”, *Time and Society* 8, 2: 309-328, 1999.

Ramos, R., *Cronos Dividido. Uso del tiempo y desigualdad entre mujeres y hombres en España*, Instituto de la Mujer, Madrid, 1990.

—, “Discursos sociales del tiempo” en Guadalupe Valencia (ed.), *Tiempo y Espacio. Miradas múltiples*, CEIICH-UNAM/Plaza y Valdés, México, 2005, pp. 525-543.

—, “La situación general del empleo del tiempo en la C.A. de Euskadi: estructura, dinámica y comparación” en AA.VV. *Encuesta de Presupuestos de Tiempo, 2003*. Vitoria/Gasteiz, EUSTAT, 2006, pp. 17-49.

—, “Metáforas sociales del tiempo en España: una investigación empírica” en Carlos Prieto (ed.), *Trabajo, género y tiempo social*, Editorial Complutense y Editorial Hacer, Madrid, 2007a, pp. 173-204.

—, “Presentes terminales: un rasgo de nuestro tiempo” en Juan A. Roche (ed.), *Espacios y tiempos inciertos de la cultura*, Editorial Anthropos, Barcelona, 2007b, pp. 171-181.

—, “Time’s Social Metaphors. An empirical research”, *Time & Society* 16 (2/3) 2007, pp.157-187.

Sennett, R., *La corrosión del carácter*, Anagrama, Barcelona, 2000.

Szalai, A (ed.), *The Use of Time. Dayly activities of urban and suburban populations in twelve countries*, The Hague, Mouton.

Valencia García, G., *Entre cronos y kairós. Las formas del tiempo socio-histórico*, Editorial Anthropos, Barcelona, 2007.

Wetz, F.J., *Hans Blumenberg. La modernidad y sus metáforas*, Alfons el Magnánim, Valencia, 1996.